

EL ENTIERRO DE TOM

Fermín Caballero Bojart

A Melquíades y Margarita, mis padres.

Cuando llegué con mis hijos, las magdalenas estaban invadidas por unas hormigas que entraban por la misma ventana que el sol de la tarde. El desfile corría por la encimera hasta un cestillo de mimbre donde mi madre ponía la fruta, bordeaba una taza de porcelana y un cucharón de madera y ascendía hasta un par de membrillos que daban a la cocina un aroma dulzón. Al no ver a mi madre sentada en su hamaca dejé a los gemelos que tontearan con las hormigas y salí a buscarla por el jardín que tanto le había gustado cuidar a mi padre. Mi madre decía que ella regaba la pradera al atardecer porque duraba más el frescor sobre la hierba. “No tengo tiempo de aprender jardinería”, se excusaba desde que enfermó mi padre. “Lo que me quede por vivir será para cuidarle a él”. Pero el manto verde y suave de mi infancia se había transformado en una alfombra despeinada de manchas amarillas y moñigos secos de perro.

En el jardín tampoco había rastro de Tom, el perro de los vecinos, al que le gustaba revolcarse por las calvas de tierra que afeaban la pradera. Cuando Tom era cachorro, antes de que nacieran mis hijos, los gemelos, me lanzaba rodando por la pendiente de la ladera trasera de la casa. La falda se me enredaba entre las piernas mientras él me perseguía tratando de alcanzarme con sus patitas. Ladraba y me hacía reír a carcajadas. Mi madre siempre decía que Tom era tan blanco que sobre el verde parecía un terrón de azúcar en medio de un pastel de verdura. Me hacía gracia el pensar que Tom quería devorarme con su pequeña boca. Apenas le cabía una magdalena.

Desde el jardín, a través de la ventana de la cocina, por la que habían entrado las hormigas, vigilaba a los gemelos. Con el cucharón de madera rellenaban la taza de porcelana con trozos de chocolate. Las hormigas rehicieron la fila india hasta el cesto. Les dije que me ayudasen a buscar a la abuela.

Como mi madre se estaba quedando sorda yo trataba de llamar la atención de Tom por si estaba cerca. Le silbaba pero ni rastro. Insistí llamándole por su nombre. En el lateral de la casa aún se agolpaban algunos de mis juguetes que luego heredaron los gemelos. El triciclo rojo, una bicicleta blanca, los patines de correas negras, con los que me rompí la mano, y un par de cajas de madera con muñecas desarmadas.

Al oírme llamar a Tom, los gemelos correataron por la casa, y aún no habían llegado al porche trasero, donde yo me encontraba, cuando ya les estaba advirtiéndoles de que dejaran de discutir por el cucharón. Mi padre dormitaba sobre una silla junto a la puerta trasera de la casa.

Desde el porche aun amarilleaba más la pequeña ladera, ahora convertida en un terraplén deshilachado. Acababa en una corta valla de madera. Cuando Tom creció esperaba a que mi padre terminase de regar. Desde el jardín de los vecinos removía la tierra hasta hacer un agujero, asomaba la cabeza olfateando en busca de mi madre y nos encontraba a las dos sentadas en la escalera del porche. Sonreíamos con una magdalena cada una en el regazo para dársela a Tom mientras mi padre, enfurruñado, esperaba a que el perro regresase para tapar el hoyo. Así fue hasta que le alcanzó el Alzheimer. Desde entonces, Tom siempre volvía por el mismo agujero que mi padre olvidaba rellenar.

Y allá abajo, al otro lado de la valla, estaba mi madre. Permanecía de pie sobre el último agujero de Tom con un manojo de flores entre sus manos arrugadas. Eran rojas y

naranjas y las había entrelazado en un ramillete de hierbajos amarillos. Observaba como los vecinos enterraban al perro. Dejé atrás a los gemelos, junto a mi padre, y sin girarme descendí llorando la ladera por primera vez.